

## Contestación al discurso anterior

Por Manuel NIETO CUMPLIDO

En sesión pública y solemne, esta Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba ha incorporado, como numerario de esta más que centenaria institución, en su sección de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, al Ilmo. Sr. don Angel Fernández Dueñas, doctor en Medicina y Cirugía, en la vacante producida por fallecimiento del doctor don Enrique Luque Ruiz.

La Academia se felicita no sólo porque este nuevo ingreso significa y es expresión de su ya más que constatada vitalidad, sino también por el prestigio y la calidad científica y humana del nuevo académico.

El cuerpo académico venía ya hace años prestando atención a su actividad docente y a sus primeras monografías sobre algunos aspectos de la Historia de la Medicina en nuestra ciudad, por lo que unánimemente fue designado el 10 de diciembre de 1981 como correspondiente en Córdoba. A partir de entonces, con un entusiasmo que contagiaba al resto de la corporación, se hicieron muy frecuentes sus comunicaciones y ponencias en las sesiones ordinarias de la Academia, de las que ha dejado amplia constancia en las páginas de nuestro *Boletín* a partir de 1982.

Sería, no obstante, minusvalorar sus méritos si su designación como numerario hubiera sido guiada tan sólo por sus actividades académicas. Porque la proyección científica y humanista del nuevo académico —es preciso reconocerlo— supera los ámbitos de esta corporación.

Con una amplísima actividad docente en la Escuela de A.T.S. de Córdoba desde 1969, donde impartiría clases de Patología General y Médica, y de Medicina y Cirugía de Urgencia, hasta su etapa de profesor de la Facultad de Medicina de nuestra ciudad a partir de 1976 como profesor adjunto interino de Historia de la Medicina, el doctor Fernández Dueñas iniciaba una etapa importantísima en la historiografía cordobesa con su obra *La Facultad de Medicina de la Universidad Libre de Córdoba y su época (1870-1874)* (Córdoba, 1983), a la que poco después seguiría su estudio sobre «Médicos y subalternos sanitarios en Córdoba durante el siglo XVII» (Córdoba, 1985). Y sería excesivamente prolijo relatar en la presente ocasión los numerosos artículos y estudios monográficos que llenan centenares de páginas en el *Boletín* de esta Real Academia y en el del Ilustre Colegio Oficial de Médicos de Córdoba, en la *Revista de la Sociedad Andaluza de Patología Digestiva, Axerquía y Cajasur*. Como puede fácilmente deducirse, su saber y su ciencia son eminentemente comunicativos con un afán primordial de prestigiar al cuerpo científico al que pertenece.

Y aun esto, con ser mucho, es sólo una parte de su ingente actividad do-

cente. Porque en su haber cuenta el haber dirigido un número no pequeño de memorias de licenciatura y tesis doctorales sobre la Historia de la Medicina en nuestra ciudad, de la que he sido fiel testigo por haber tenido que atender a las incontables demandas que me hacían sus alumnos y colaboradores en el Archivo de la Catedral: la documentación del hospital del Cardenal Salazar, datos y noticias sobre la peste en Córdoba, los numerosos legajos del hospital mayor de San Sebastián, los documentos y manuscritos sobre farmacopea médico-quirúrgica en la Córdoba del siglo XVII o el Índice de libros de carácter médico-farmacéutico de Córdoba en los siglos XVI al XIX.

Los que a diario nos movemos en el campo de la historiografía cordobesa sabemos apreciar lo que su investigación personal y su dedicación ha aportado a uno de los aspectos hasta ahora más desconocidos como era el de la Historia de la Medicina y de la Beneficencia en Córdoba y su provincia. En todos los ámbitos culturales he venido repitiendo que los investigadores más asiduos de los archivos eclesiásticos en estos últimos años no han sido, como parecería lo más lógico, los alumnos o licenciados de Filosofía y Letras, sino los de la Facultad de Medicina y de su Departamento de Historia de la Medicina. Con orgullo, pues, puede recordar sus años de docencia en esta Facultad a la que ha sabido estimular, ha dirigido con competencia en el campo que le era propio, y a la que ha hecho producir unos excelentes frutos en el campo de la historiografía médica cordobesa.

Sus investigaciones personales y las de sus alumnos han puesto de manifiesto la estrecha vinculación que a lo largo de muchos siglos ha existido entre la Iglesia y los médicos. Ambos se han sabido apoyar mutuamente desde el siglo IV en beneficio de la sociedad en cumplimiento del mandato del amor al prójimo.

El ejercicio práctico de la caridad con el hermano en la fe que sufre necesidad o con el gentil enfermo o infortunado, fue, en vivo contraste con la correspondiente actitud pagana, un innegable título de gloria de la primitiva Iglesia Universal. De este deber caritativo nació en el siglo IV una amplia organización con la erección de hospederías y hospitales. La impresión que esta clase de beneficencia producía en sectores paganos la confirma, contra su voluntad, el emperador Juliano el Apóstata, cuando escribe que lo que más favoreció al cristianismo fue «la filantropía con los peregrinos y enfermos y el cuidado de sepultar a los muertos». Este emperador, que como apóstata conocía muy bien el cristianismo, quiso dotar al paganismo de un elemento que era, sin duda, el que más atractivo le comunicaba a la Iglesia: las instituciones de caridad, y, en general, la caridad con los necesitados. Por esto comenzó a levantar, a costa del Estado, hospicios o albergues de ancianos, hospitales y otras clases de centros de beneficencia. Quería que el paganismo no fuera en nada inferior al cristianismo.

Como realización destacada de la caridad en el Bajo Imperio hay que mencionar la fundación de casas destinadas al cuidado de los enfermos, a la asistencia a los pobres, a los huérfanos y a los peregrinos, obra notable tanto por su servicio inmediato a toda clase de necesitados, como por razón de su

carácter de signo para la práctica de la caridad de los siglos siguientes. La motivación totalmente singular y autónoma de la asistencia social cristiana, que en el desgraciado y en el forastero reconoce a Cristo, compartida durante muchos siglos hasta la Ilustración entre la Iglesia y los médicos de sus hospitales, se distingue radicalmente de las pocas iniciativas no cristianas de análoga índole en la antigüedad, que no se basaban en consideraciones religiosas, sino de humanidad en general.

La iniciativa más importante en cuanto al planteamiento organizado y a la ejecución está ligada al nombre de Basilio el Grande, que en los arrabales de Cesarea hizo erigir un complejo que abarcaba, además de un monasterio y habitaciones para el clero, un albergue para forasteros y un hospital para pobres, todo ello equipado con todos los servicios necesarios, médicos, enfermeros, talleres y medios de transporte. Todos los historiadores están hoy de acuerdo en reconocer que la amplia previsión social de la Iglesia en los siglos IV y V no tiene nada comparable en su tiempo ni en cuanto a eficiencia ni en cuanto a motivación ético-religiosa.

En la antigüedad, los hospitales se encontraban bajo la directa jurisdicción del obispo y sólo a ellos competía esta función social. Al llegar los siglos medievales, el aburguesamiento de la vida eclesiástica se extendería también a la escuela y al cuidado de pobres y enfermos, que pasaron progresivamente a manos de laicos, pero laicos cristianos. Esa evolución casi siempre comenzó por los hospitales. Con ello, en la mayoría de los casos, se deshizo la estrecha unión entre hospital y cabildo y hospital y monasterio. Los hospitales se hicieron independientes y corrieron a cargo de hermandades hospitalarias.

Cuando ahora quiere la Iglesia promover y desarrollar el papel del laicado católico en la vida pública de las naciones se hace preciso recordar el mandato del Concilio de Vienne (1311-1312) que ordenaba que para la dirección de hospicios y hospitales no se nombrara a clérigos, sino a seglares idóneos y expertos. En muchos casos, la administración vino a parar exclusivamente a manos del concejo de la ciudad, que nombraba al administrador y tenía derecho a presentar y deponer al capellán del hospital.

Esta historia común de la Medicina y de la Iglesia, en sus aspectos humanos y científicos, es precisamente y referida a Córdoba el objeto de estudio del nuevo académico y de sus colaboradores y alumnos. Con ellos la cultura cordobesa ha dado pasos de gigante en la Historia de la Medicina. Nunca les podremos pagar las incontables horas que han pasado sobre los legajos, expedientes y documentos.

No quisiera concluir sin señalar el carácter excepcional del nuevo académico: se trata del primer docente de la Facultad de Medicina de Córdoba que ingresa como numerario de esta corporación, atenta siempre, desde su fundación, a incorporar aquellas personalidades que han dejado una profunda huella en el saber de la ciudad.